

De autonomías y superposiciones. En torno a los usos de Bourdieu en la historiografía sobre intelectuales y política en la Argentina de los sesenta-setenta.

Marcelo Starcenbaum*

Resumo:

O fim que se quer atingir neste trabalho é reconstruir os usos da obra de Bourdieu sobre a historiografia dos intelectuais e da política na Argentina entre 1960 e 1970. Através da leitura das principais obras sobre este assunto, vamos analisar o lugar que ocupava a perspectiva bourdiana na formulação de um modelo de intelectual dos anos sessenta, politicamente engajado mas com intervenções culturais autônomas, e um modelo dos anos setenta, cujas criações culturais estavam subordinadas a um compromisso absoluto com a política.

Palavras-chave: intelectuais, Bourdieu, Argentina, 1960, 1970.

The order you want to achieve in this work is to reconstruct the uses of Bourdieu's work on the historiography of intellectuals and politics in Argentina between 1960 and 1970. Through reading of the major works on this subject, we will analyze the place that occupied the Bourdieu's perspectives in formulating a model of intellectual sixties, politically engaged but with autonomous cultural interventions, and a model of the seventies, whose cultural creations were subordinated an absolute commitment to the policy.

Keywords: intellectuals, Bourdieu, Argentina, 1960, 1970.

* Doctorando en Historia en la Universidad Nacional de La Plata - Becario Doctoral de CONICET / Argentina. E-mail: mstarcenbaum@hotmail.com.

Cuando en 1991 apareció por primera vez *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa*, pocos supieron qué hacer con el libro. Eran los años en los que el mundo académico y el mercado literario comenzaban a publicar libros y libros sobre los 60 y los 70, pero el texto de Correas no encajaba en ese *revival*: no recurría a Bourdieu, no respetaba ningún canon previo, el testimonio personal no era el sustrato de ninguna verdad, el texto no analizaba esos años como anticipo de las tragedias que vendrían después...¹

I

La obra de Pierre Bourdieu ha constituido en las últimas décadas una de las principales referencias en los estudios de historia intelectual y de sociología de los intelectuales y podría afirmarse, en base a la cantidad de trabajos de investigadores que utilizan esta perspectiva de análisis, que existe una escuela bourdiana de historia de los intelectuales. Este fenómeno es particularmente visible entre los historiadores franceses, cuyos estudios sobre la historia intelectual de ese país en clave bourdiana han generado tanto una tradición en dicho campo como una serie de reacciones y críticas provenientes de historiadores que se posicionan desde otras coordenadas analíticas.

Si tomamos como referencia de estas discusiones la obra de François Dosse (2003) sobre el estado de la historia intelectual, la crítica fundamental al uso de la obra de Bourdieu en el análisis de los intelectuales se dirige hacia la reducción de la vida intelectual al intento de sus integrantes de maximizar su interés de acuerdo a unas lógicas que les son externas y a la consecuente asimilación de las discusiones intelectuales a una lógica privada de historicidad y sustancialidad. De esta forma, Dosse se posiciona críticamente frente a los trabajos de Anna Boschetti (1985), Louis Pinto (1986), Christopher Charle (1990) y Gisèle Sapiro (1999) concluyendo que la aplicación de la obra de Bourdieu a la historia intelectual implica la transformación de la vida intelectual en una lucha de poder en la cual los contenidos de los enfrentamientos son expurgados y los itinerarios político-intelectuales de sus participantes son desvitalizados.

En el caso de la historia intelectual argentina, la obra bourdiana, además de despertar las discusiones análogas al contexto francés, ha sido objeto de un particular proceso de recepción. A partir de la década de 1980, los planteos de Bourdieu

¹ Contratapa de la reedición de *La operación Masotta. Cuando la historia también fracasa* de Carlos Correas, realizada por Interzona en 2007.

comenzaron a ser utilizados con el objetivo de reconstruir analíticamente la politización de los intelectuales durante la década de 1960 y 1970, proceso que implicó una radicalización de importantes fracciones de la sociedad argentina y que tuvo como corolario trágico la implantación de la dictadura militar en 1976. Así, algunos planteos derivados de la obra de Bourdieu operan en la construcción de un relato en torno a la politización de los intelectuales que marcó la interpretación del proceso de radicalización política durante las décadas de 1980 y 1990 y que aún perdura en los esfuerzos interpretativos contemporáneos².

Según este relato, es posible dividir la historia de la relación entre los intelectuales y la política de las décadas de 1960 y 1970 en dos momentos: mientras el período que se abre con la caída del peronismo en 1955 y se cierra en 1969 se caracteriza por una autonomía del campo cultural y del campo político, el que se abre en 1969 y se cierra abruptamente en 1976 está marcado por una superposición del campo político sobre el campo cultural. De esta forma, se postula un quiebre entre una situación de los intelectuales en la cual existen mediaciones ente la política y la cultura, y otra en la cual esas mediaciones son anuladas a través de una primacía de la política que inevitablemente conduce a la tragedia de la última dictadura.³

En este trabajo nos proponemos reconstruir los usos de Bourdieu en los trabajos de historia intelectual sobre las décadas de 1960 y 1970 que contribuyen a consolidar el mencionado relato: el pionero *Intelectuales y poder en la década del sesenta* de Silvia Sigal (1991), y los contemporáneos *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* de José Luis De Diego (2003) y *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* de Claudia Gilman (2003).⁴ Intentaremos discernir los modos a través de los

² Cabe destacar que estos usos de Bourdieu forman parte de un proceso de recepción más amplio en Argentina. Como afirma Alicia Gutiérrez (1999, p. 7-8): “Pierre Bourdieu es un autor que, por la riqueza y solidez de su construcción teórica, por la fecundidad que presenta para abordar empíricamente la realidad social, y por sus polémicos planteos, constituye en nuestro país un referente clave –para utilizar su perspectiva o para criticarla– dentro de la amplia gama temática y de las posibilidades de abordaje de las ciencias sociales y humanas”. Para un panorama de las instancias receptoras de Bourdieu en Argentina, ver Baranger (2000).

³ Este relato tiene actualmente una amplia circulación, que trasciende las obras escritas y que ha generado supuestos pocas veces problematizados. Esta circulación es difícil de cuantificar, sin embargo basta presenciar una mesa de congreso sobre estas temáticas para advertir el lugar adquirido por este relato.

⁴ Los tres trabajos son versiones de tesis doctorales. Un elemento a tener en cuenta en la reconstrucción es que tanto Sigal como Gilman realizaron sus estudios de doctorado en Francia. Una aclaración metodológica: el trabajo de Gilman toma como objeto de estudio a los intelectuales latinoamericanos, sin embargo es posible incluirlo en la serie analizada en tanto una porción importante de los debates

cuales las conceptualizaciones bourdianas son articuladas con la reconstrucción histórica del período y en qué medida el uso libre que hacen estos estudios de la noción bourdiana de campo contribuye a una construcción de un modelo sesentista del intelectual, comprometido políticamente pero con intervenciones culturales autónomas, y un modelo setentista del intelectual, que subordina sus creaciones culturales a un compromiso absoluto con la política. Veremos, finalmente, cómo a través de una valorización del primer modelo frente al segundo, los autores de estos trabajos proceden a un uso de Bourdieu que se enmarca en los esfuerzos que vienen realizando los intelectuales argentinos desde 1983 por problematizar simultáneamente el proceso de radicalización política de la década de 1970 y las relaciones entre intelectuales y políticas en un contexto democrático.

II

La reconstrucción de la relación entre política e intelectuales en Argentina llevada a cabo por Sigal está condicionada en gran medida por el proceso histórico de apertura democrática posterior a la última dictadura militar y posicionamiento de los intelectuales en el contexto de la política democrática. Frente a las transformaciones operadas durante la transición, a partir de la cual advienen formas inéditas de intervención intelectual (intelectuales que hablan en nombre propio y no como vehículos de los grandes nombres del Pueblo, la Nación o la Revolución, e intelectuales que participan de las decisiones políticas en los más altos niveles de la gestión estatal), se impone un trabajo de historización del *lugar de los intelectuales en la política* y del *lugar de la política para los intelectuales* en el período anterior a la dictadura militar. Así, el esfuerzo interpretativo se dirige hacia la dilucidación del proceso de “simbiosis entre cultura y política” (SIGAL, 1991, p. 16) que lleva a cabo la intelectualidad progresista argentina entre 1955 y 1976.

Dicha reconstrucción está basada en gran medida en las afirmaciones de Bourdieu (1966) en torno a los conceptos de campo intelectual y proyecto creador. A pesar de que afirma proceder a un uso libre de dichas concepciones, Sigal considera que ambos conceptos permiten pensar las creaciones intelectuales como intereses y estrategias en un espacio sometido a relaciones de poder, lo cual posibilita apartarse de

analizados corresponden a intelectuales argentinos y la situación argentina forma parte del contexto latinoamericano general.

las explicaciones voluntaristas ensayadas por los propios sujetos, y concebir a los proyectos políticos desarrollados por intelectuales como estrategias puestas en juego en un espacio de reglas culturales, y no tanto como resultado de iniciativas estrictamente políticas.

Al proceder a una distinción de la esfera cultural y la esfera política, las afirmaciones de Bourdieu habilitan, precisamente, pensar las relaciones que se establecen a través de los intelectuales entre cultura y política. La reconstrucción de los encuentros entre ambas esferas sólo es posible a partir de la concepción de las creaciones del campo cultural como elementos pertenecientes a un sistema con sus propias reglas y relaciones de poder; es decir, como un sistema que es autónomo con respecto al campo político. A pesar de la productividad sin precedentes que ofrece la perspectiva bourdiana, Sigal advierte que la concepción de los bienes culturales como ajenos a las fuerzas políticas y sociales tiene el precio de producir una *distinción neta* entre cultura y política y un énfasis en las estrategias de lucha que oblitera el *contenido* y el *sentido* de los argumentos enunciados en las discusiones intelectuales.

El intento de resarcir aquellas deficiencias deriva, en la argumentación de Sigal, en la necesidad de problematizar la singularidad del intelectual. Al respecto, los parámetros priorizados para el abordaje del sujeto intelectual no son los que intentan responder sobre las características que definen a los intelectuales o sobre las diferentes categorías que podrían establecerse al interior de dicho colectivo, sino precisamente aquellos deudores de la perspectiva bourdiana que apuntan a identificar los discursos y las prácticas de los intelectuales que legitiman las pretensiones de intervenir en la esfera política en la posesión de un saber. Dicho esquema analítico es complementado con otras estrategias de abordaje a la figura del intelectual, especialmente las esbozadas por Bourricaud (1980), de lo cual resulta la convicción de no rastrear en la historia el accionar de los intelectuales según su especificidad como tales (creadores, educadores o profesionales), sino de reconstruir aquellos momentos en los cuales los intelectuales se desempeñan como agentes de circulación de nociones sobre el orden social.⁵

La posibilidad de historizar la relación entre intelectuales y política tiene como requisito el sostenimiento de la hipótesis de la distinción entre la esfera intelectual y la esfera política. La atención prestada tanto a la lógica propia del saber que posee el

⁵ Los abordajes criticados por Sigal son precisamente aquellos que pertenecen a un momento pre-bourdiano (MANNHEIN, 1953; COSER, 1966) y los que aún contemporáneos a Bourdieu, utilizan herramientas de análisis que no coinciden con éste (SHILS, 1972; DEBRAY, 1979; GOULDNER, 1979).

intelectual como a la inscripción que dicho saber puede operar en el campo político, implica un análisis superador de las miradas simplistas sobre los intelectuales, muchas de las cuales son esgrimidas por los mismos sujetos. De esta forma, por ejemplo, es posible problematizarse la idea de que un elemento del campo cultural sea naturalmente ajeno al campo político o desconfiar de la polémica alrededor del *compromiso* del intelectual. En torno a esta última figura, Sigal procede a su desnaturalización al advertir que la relación del intelectual con la política no se produce únicamente a partir de una intervención consciente, sino que también hay intelectuales que moldean las ideas que forman parte de la cultura de la sociedad, y que la inscripción política de las creaciones intelectuales puede producirse más allá de la voluntad de los sujetos, ya sea en un momento contemporáneo al del intelectual creador como en un futuro en el cual sólo sobreviva la obra.

Según Sigal, más allá de la “exigente conceptualización de campo cultural” (1991, p. 25) que ofrece la obra de Bourdieu, ésta aparece como una referencia fundamental para avanzar hacia una reconstrucción de la relación entre intelectuales y política en base a instancias de consagración, interés específicos en juego y relaciones de fuerza entre agentes. Son estas dimensiones analíticas las que le permiten, a la vez, escindir disciplinas e instituciones de la cultura argentina. De esta forma, el campo literario se presenta como un espacio privilegiado para ser pensado a partir de las mencionadas herramientas, de lo cual daría cuenta el surgimiento de las vanguardias y los ataques de las jóvenes generaciones a las instituciones hegemónicas (impugnaciones a la revista *Sur*, negación a publicar en el diario *La Nación*) y las disputas en torno a las apropiaciones de determinadas figuras (Roberto Arlt entre la revista *Contorno* y el aparato cultural del Partido Comunista, Jorge Luis Borges entre los intelectuales de izquierda y los nacionalistas).

Otras disciplinas, como la sociología o la historia, y otras instituciones, principalmente las universidades, resultan, sin embargo, difíciles de aprehender a través de las características del campo postuladas por Bourdieu. A pesar de afirmar que no se trata de establecer “una suerte de defecto respecto a un modelo teórico de campo cultural” (SIGAL, 1991, p. 26), la autora percibe que los mencionados espacios se caracterizan por la concurrencia simultánea de factores tendientes a la estructuración profesional y factores que llevan a disolver su unidad interna y su autonomía. Es por ello que la reconstrucción llevada a cabo recorte aquellas instancias de la historia, la

sociología y las universidades en las que se manifiesta la fragilidad de los espacios culturales, la vulnerabilidad de las instituciones y el carácter mixto de los intelectuales, en tanto sujetos insertos en las luchas de su campo y en las del campo político⁶.

Otra característica del campo cultural argentino que dificulta la aplicación de las tesis bourdianas está relacionada con la existencia por fuera del Estado de una red de instituciones con opciones culturales y objetivos políticos singulares. Este fenómeno, del cual el ejemplo paradigmático lo constituye el conjunto de grupos de estudios surgidos durante el onganato, implicó el surgimiento de criterios de legitimidad heterogéneos en el campo. La segmentación de estas instituciones de acuerdo a sus diferencias ideológicas produjo una consecuente segmentación de los criterios de legitimidad, por lo que no existió un objeto de conflicto que fuera reconocido por los diferentes agentes del campo como la encarnación legítima del poder cultural. De esta forma, según Sigal, no se llegó a constituir el *enjeu* señalado por Bourdieu como elemento constituyente del campo,

En la reconstrucción realizada por Sigal, aparecen delimitadas claramente dos etapas en la situación de los intelectuales en relación a la política y a la cultura. Entre 1955 y la primera mitad de la década de 1960, los intelectuales mantienen una identidad bifronte a través de la cual es posible diferenciar las opciones políticas y las opciones culturales. Es esta identidad la que permite, por ejemplo, que no aparezca como contradictoria la convivencia entre la enunciación de denuncias al capital extranjero y al imperialismo, con la aceptación de subsidios de fundaciones extranjeras. Desde fines de la década de 1960 y hasta el golpe militar de 1976 lo que ocurre, en cambio, es una progresiva supeditación de las prácticas culturales a los objetivos políticos, de forma que ya no alcanzaba con un intelectual comprometido, sino que lo que era necesario era una obra comprometida. La tesis de Sigal afirma no apuntar, sin embargo, a una liquidación del campo cultural y de la figura del intelectual, sino que, precisamente lo

⁶ En su análisis del surgimiento de la sociología como disciplina autónoma en Argentina, Sigal precisa que al momento de establecer los criterios para el nuevo campo, la incipiente sociología nacional recurre a los de la sociología estadounidense y europea. Esta peculiaridad lleva a la autora a coincidir con Altamirano y Sarlo (1983), quienes postulan una limitación de la obra de Bourdieu para el análisis de las sociedades latinoamericanas, en tanto una porción importante de sus sistemas de referencias está ubicado en centros externos. No obstante, en su reconstrucción este factor es integrado a la lectura preponderantemente bourdiana, lo cual deriva en una articulación entre la *importancia acordada a los centros culturales metropolitanos* y la *labilidad de las jerarquías externas* (SIGAL, 1991, pp. 33-34). En el caso de la universidad, esto se expresaría en el hecho de que, en la segunda mitad del siglo XX, no haya una universidad, sino que existan sucesivamente la universidad peronista, la universidad reformista, la universidad del Proceso y la universidad democrática.

que demuestra la voluntad de someter lo cultural a lo político es indicativo de la *capacidad de elaboración cultural autónoma* de los intelectuales argentinos.

III

El trabajo de De Diego toma como objeto de estudio una serie de problemas relativos a la relación entre intelectuales y política en Argentina que coinciden en gran medida con los analizados por Sigal, en tanto su interés específico radica en la delimitación de las transformaciones operadas en el campo intelectual y el campo literario entre la década de 1970, en la cual se produce una superposición entre campo cultural y campo político, y la década de 1980, en la cual se revierte la relación anterior entre los campos a través de una progresiva autonomización de la cultura con respecto a la política.

Los términos a través de los cuales De Diego procede al análisis de dichos procesos históricos remiten explícitamente a la perspectiva bourdiana. Cabe destacar, al respecto, la insistencia del autor en que las herramientas teóricas y metodológicas no deben ser utilizadas en pos de la fidelidad a un modelo interpretativo, sino que las categorías analíticas deben ser extraídas del propio objeto de estudio. De esta forma, la intención de De Diego de evitar tanto la constitución de un objeto a partir de un marco teórico como la aplicación de modelos de investigación a casos particulares, conlleva la postulación de una utilización del concepto de campo intelectual con un *valor axiomático*, en tanto éste contribuye a la descripción de un objeto cuya complejidad es privilegiada frente los usos de corrientes teóricas y metodológicas.

La perspectiva bourdiana es complementada con otras aproximaciones relativas a la relación entre intelectuales y políticas, especialmente las esbozadas por Bobbio (1993). Así, las afirmaciones del italiano en torno a la restricción operada en la categoría de intelectuales al concebir las relaciones establecidas por los escritores con la política, son utilizadas a fines de comprender las concepciones alrededor de los principales personajes del campo literario argentino: mientras que Ernesto Sábato y Julio Cortázar fueron considerados intelectuales en tanto intervinieron en el campo político más allá de sus creaciones literarias, a Borges se le negó dicha nominación dada su escasa intervención en debates políticos desarrollados por fuera del campo literario. Al mismo tiempo, y afirmando los contrapuntos entre marcos teóricos y objeto de estudio, De Diego advierte el desfase entre la postulación de Bobbio en torno a que la

reducción a la política de todas las esferas de la vida humana constituye la esencia del totalitarismo, y los discursos y las prácticas de la Argentina de la década de 1970, en los que predominaba la tendencia de superposición de lo político por sobre lo cultural.

De esta forma, el estudio de De Diego centra su análisis en la figura del escritor revolucionario. En relación a los fenómenos históricos que contribuyeron a consolidar dicho modelo de intelectual, las relaciones entre intelectuales y política en la Argentina de la década de 1970 participan, según el autor, de un contexto en el cual confluyen una serie de transformaciones políticas, sociales y culturales acaecidas durante la década anterior y que fueron nominadas tradicionalmente como radicalización política y modernización cultural; entre estos cambios epocales, ocupan un lugar preponderante el impacto de la Revolución cubana, la renovación del periodismo, el boom de la novela latinoamericana, el pop art y el desarrollo de las ciencias sociales. Al interior de esta confluencia de transformaciones, la tendencia creciente a la simbiosis entre el intelectual y el revolucionario que se desarrolla en la década de 1970, es concebida específicamente como resultado tanto de la teoría del compromiso derivada del sartreanismo, que empujaba a los escritores a participar en los debates políticos más allá de sus creaciones estéticas, como de la profesionalización del escritor, que a través de la consolidación de un público lector y de un mercado editorial posicionaba a los creadores en nuevos espacios de la esfera pública.

La figura del escritor revolucionario que resultó de este proceso histórico y que impregna a la intelectualidad argentina de la época conlleva una politización inédita de las intervenciones de los escritores, de la que se desprende la inevitabilidad de trastocar el rol tradicional de *intelectual* en el de *intelectual político*. La asunción del modelo de escritor revolucionario, ejemplificado por De Diego con las tesis de Mario Benedetti de que “es necesario un asalto al Moncada en el arte” y de Cortázar de que “mi ametralladora es la literatura”, implica una primacía de la política que conduce a “una progresiva anulación de los otros campos” (2003, p. 28). La política se convierte así en el parámetro a través del cual son juzgadas tanto las creaciones literarias como las trayectorias personales de los escritores; al perder autonomía el campo cultural, los criterios de validación propios de las creaciones producidas en su seno son reemplazados por los criterios de validación del campo político. De esta forma, se torna imposible emitir un juicio sobre una obra literaria sin tener en cuenta los posicionamientos políticos de su autor. En este marco son analizadas por De Diego, por

ejemplo, las acusaciones dirigidas hacia Mario Vargas Llosa, Cortázar, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez por la contradicción entre la calidad de sus obras y la moderación de sus posiciones políticas, o los ataques de los críticos contra la obra de Borges por los posicionamientos políticos conservadoras de su autor.

Los criterios de validación de las obras literarias provienen de un campo político en el cual las opciones más legitimadas son aquellas orientadas hacia la política revolucionaria, por lo que los debates que se llevan a cabo entre la intelectualidad argentina de la década de 1970 están relacionados con el lugar ocupado por el escritor en el proceso revolucionario y, una vez producida la revolución, en el proceso de construcción del socialismo. La relación de los intelectuales con proyectos políticos revolucionarios y las discusiones abiertas en torno al lugar de los intelectuales en la U.R.S.S., China y Cuba, produce en las revistas político-culturales argentinas, como *Nuevos Aires* y *Los Libros*, un importante intercambio de posiciones de los escritores sobre el dilema intelectuales/revolución.

En la reconstrucción histórica realizada por De Diego, se recortan claramente tres formas de resolver dicho dilema. En primer lugar, algunos intelectuales optan por una concepción de la política y de la cultura como dos frentes de lucha con la postulación de una autonomía relativa del arte; es decir, asumen el compromiso tanto en las elecciones estéticas como en las políticas aún insistiendo en que el compromiso principal es con la obra. Otros sostienen la teoría de una *implicancia doble* entre arte y política, a partir de la cual la vanguardia estética permite imprimirle un carácter cultural a la revolución política y la vanguardia política establece las condiciones para que evolucione la revolución estética; de este modo, se esquivo la subordinación del compromiso implicada en las tesis sobre la autonomía de la cultura. Finalmente, muchos intelectuales optan por una implicancia simple, que postula una primacía de la lucha revolucionaria y la consecuente subsunción de la vanguardia artística en la vanguardia política; en este camino, las luchas desarrolladas en el campo cultural son sancionadas como insuficientes y la prioridad es otorgada a la incorporación del intelectual a la lucha revolucionaria.

El otro proceso relativo a la relación entre intelectuales y política analizado por el autor es aquel iniciado hacia fines de la dictadura militar y desarrollado principalmente durante la década de 1980 y que consistió en una revisión por parte de los intelectuales de la simbiosis setentista entre política y cultura y una progresiva

reversión de dicha imbricación. En este sentido son relevados una serie de fenómenos producidos en las revistas del período, como *El Ornitorrinco* y *Punto de Vista*, y en otras instancias de enunciación político-cultural, como la *Encuesta a la literatura argentina* llevada a cabo por el Centro Editor de América Latina, que dan cuenta de la pérdida de primacía del campo político y de la recuperación de la autonomía de los campos otrora anulados.

Uno de los elementos que da cuenta de este proceso lo constituye el trastocamiento en la valoración de las cualidades del escritor. Si en la década de 1970 la cualidad más valorada en un escritor es su compromiso político, en la década siguiente se priorizan otros valores que le otorgan un privilegio a la autonomía del campo cultural. Así se subraya los modos en los que Andrés Rivera, César Fernández Moreno y Daniel Moyano reemplazan la política por la ética y postulan una figura del escritor como rebelde que se opone a todo poder político; Martha Mercader, Abelardo Castillo y Liliana Heker remarcan la escisión entre el escritor como creador y como persona, lo cual consolida la concepción de la cultura y la política como dos paralelas que nunca se cruzan; y Eduardo Gudiño Kieffer y Ricardo Piglia conciben únicamente al escritor en tanto creador artístico, que si tiene algún compromiso, éste se circunscribe únicamente a las formas del discurso.

Otro cambio indicativo del progresivo desacople del campo cultural y el campo político está relacionado con el relevo en las figuras que son tomadas como modelos del escritor. El modelo de escritor setentista, representado en figuras como Roque Dalton, Javier Heraud, Rodolfo Walsh, Haroldo Conti o Francisco Urondo, es reemplazado tanto por la valoración de la obra con abstracción de las opciones políticas del autor como por el reconocimiento de una escritura que enfrenta las formas tradicionales de representación. Es este desplazamiento el que, según De Diego, permite comprender la explosión de la figura de Borges, cuyo conservadurismo es dejado de lado frente a la calidad de su obra, y la valoración de la figura de Piglia, cuyas creaciones son concebidas como impugnaciones a las formas tradicionales del lenguaje.

Finalmente, contribuye a la separación de los campos el abandono de los parámetros marxistas de análisis y la adopción de marcos teóricos que permiten conceptualizar la autonomía relativa del campo cultural frente a la política. De esta forma es posible, según De Diego, dar cuenta de la recepción llevada a cabo por las revistas político-culturales de la década de 1980, especialmente en *Punto de Vista*, de la

obra de Raymond Williams, Richard Hoggart y también la de Bourdieu. La adopción de formulaciones teóricas no reductivistas de la cultura le permiten, así, a los intelectuales de la posdictadura volver a considerar las mediaciones entre el campo político y el campo cultural, las cuales habían sido suprimidas durante la década de 1970 a través de la figura del escritor revolucionario.

IV

La historización realizada por Gilman de los debates producidos en las década de 1960 y 1970 entre los escritores latinoamericanos en torno a la politización del intelectual, está, al igual que en los casos de Sigal y De Diego, condicionada en gran medida por las premisas bourdianas. La prioridad otorgada por la autora a estas últimas apunta especialmente a la concepción de los intelectuales como el objeto de una delegación de hecho y global para producir representaciones del mundo social (BOURDIEU, 1984) y a la definición de campo intelectual como un campo social diferenciado y poseedor de ciertas lógicas y relaciones internas que le son propias (BOURDIEU, 1966). De esta forma, es posible pensar la intervención de los intelectuales a partir de su inscripción en un espacio en el cual sus productos, trayectorias y decisiones adquieren sentido, que este espacio constituye un escenario de lucha y competencia, que las obras individuales están integradas en una estructura determinada por el reconocimiento y las relaciones entre los productores culturales, y que los diferentes grupos que forman parte del campo entablan luchas que están originadas en la defensa de su capital cultural.

En unos términos similares a los de Sigal, Gilman advierte que la perspectiva bourdiana, al concebir a las posiciones estéticas como “fuertemente limitadas a las relaciones de fuerza dentro del campo cultural” (2003, p. 17), corre el riesgo de postular una *ceguera de los productores*. Frente a esta limitación, que podría conducir a subordinar absolutamente lo artístico a las luchas del campo, la autora afirma que lo más productivo de la obra de Bourdieu radica en la desacralización de las prácticas intelectuales y, en consecuencia, en la habilitación a concebir los actos intelectuales como sometidos a las reglas de un juego social. Asimismo, estas herramientas de análisis son complementadas con las de Gouldner (1979) en relación a la caracterización de la cultura intelectual como una comunidad lingüística que funciona alrededor de una cultura del discurso crítico y a la hipótesis de que los intelectuales constituyen una

nueva clase social, las de Konrad y Szelenyi (1979) en torno la proyección llevada a cabo por los intelectuales de sus intereses como universales, y las de Bobbio (1993) sobre el carácter autorreferencial en las definiciones de los intelectuales sobre la especificidad del intelectual.

En la reconstrucción de la red de revistas político-culturales latinoamericanas de la década del sesenta y del setenta, Gilman enfatiza el fenómeno de préstamo de temas y nombres entre las diferentes publicaciones. Así constata, por ejemplo, la publicación de un artículo de Juan Goytisolo en torno al compromiso del escritor en la uruguaya *Marcha* y en la cubana *Casa de las Américas*, la reproducción de los juicios a los escritores soviéticos en *Marcha* y en la argentina *Tiempos modernos*, y la edición de textos de Mario Benedetti, Julio Cortázar, Ángel Rama, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Roberto Fernández Retamar en la mayoría de las revistas de la época. Lo que este fenómeno evidenciaría es la transformación de determinados temas y nombres en indicadores de valoración y autoridad, y la lucha de los intelectuales progresistas latinoamericanos por dar a conocer las diferentes dimensiones de su programática cultural y política.

Otra característica que advierte Gilman en el campo cultural latinoamericano de la época es la tarea de los intelectuales de búsqueda de un público que se convirtiera en su interlocutor. En este caso particular, la tarea adquiere una mayor importancia, ya que frente a la inexistencia de un público, los intelectuales del continente se dedicaron a crearlo. Precisamente, de esta necesidad surge una conexión entre cultura y política, en tanto una de las vías principales en la creación de un público lector fue la postulación de la obra literaria como el vehículo de valores políticos y sociales. La concepción de la literatura como una herramienta de transformación permitía al mismo tiempo la conservación de la obra al interior de las reglas del campo cultural y su ubicación en el campo ideológico. Será la conclusión de esta tarea la que redundará a comienzos de la década de 1960 en una explosión editorial y en la consagración internacional de la literatura latinoamericana.

En este mismo esquema interpretativo se inscribe el análisis de las instancias de consagración institucional, especialmente los premios anuales que determinaban la formación de un canon de la literatura latinoamericana. Así, la autora señala cómo los premios Casa de las Américas y el Biblioteca Breve de Seix Barral operan a modo de instancias de promoción y consagración de obras y nombres a nivel continental. De esta

forma se explica la imposición de *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa, *Los albañiles* de Vicente Leñero, *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante y *País portátil* de Adriano González León. Entre los premios a la literatura latinoamericana, el otorgado por Casa de las Américas ocupa un papel privilegiado, en tanto propiciaba un mecanismo suplementario de consagración a través del cual los ganadores del premio se convertía en jurado de las próximas ediciones, y una oportunidad de sociabilidad intelectual al permitirle a los jurados del premio viajar a Cuba y relacionarse con otros intelectuales consagrados del continente.

A través de la transformación de Cuba en el horizonte político y en el lugar de promoción cultural de los intelectuales latinoamericanos, Gilman explica el fracaso del Encuentro Latinoamericano de Escritores realizado en Chile en 1969 y el Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores realizado en Venezuela en 1970. De éstos, el encuentro de Chile aparece como paradigmático, en tanto estuvieron ausentes los escritores consagrados Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Miguel Asturias, Carlos Fuentes, Ernesto Sábato, José María Arguedas y Augusto Roa Bastos. Del análisis de la autora se desprende una interpretación que enfatiza el capital simbólico y los momentos de consagración de los intelectuales, lo cual se evidenciaría en este caso, en el hecho de que, frente a lo que ofrecía Cuba en esos terrenos, “moverse en sentido inverso, carecía de sentido histórico y geográfico” (2003, p. 141).

A través de las herramientas analíticas bourdianas y algunas otras tomadas de la sociología de los intelectuales, especialmente el concepto de “toque de reunión” de Bauman (1987), Gilman afirma que, del corpus documental analizado, se desprende “la constitución deliberada, compleja y voluntariosa de una corporación o frente intelectual, en este caso latinoamericana, hacia comienzos de la década del sesenta” (2003, p. 102). Son estos parámetros interpretativos los que le permiten a la autora desacralizar movimientos en el campo cultural que a simple vista aparecen determinados por intereses puramente literarios. Es el caso de la consagración de *Cien años de soledad* de García Márquez, sobre la cual circula el mito de que el editor Paco Porrúa recibió en 1967 el original junto a una nota del escritor en la que le pedía que lo leyera y que lo descartara si no lo consideraba de interés. A este relato, construido por los propios sujetos, se le opone la reconstrucción de una campaña impulsada conjuntamente por Rama y García Márquez a fines de dar difusión a éste último, la cual incluyó elogios en

notas cedidas a revistas del continente, dedicatorias en libros consagrados y la circulación de la novela entre la intelectualidad latinoamericana para su aprobación antes del envío a la editorial.

Al igual que Sigal, Gilman dedica gran parte de su análisis a la transición que se produce hacia fines de la década de 1960 entre el modelo del intelectual comprometido a la figura del intelectual revolucionario. En la primera parte de la década, se produce una extensión de la obra a la vida del autor y, consecuentemente, la difusión de conductas y vigilancias autoimpuestas por los escritores latinoamericanos, lo cual llevó a muchos de ellos a situaciones dilemáticas al tener que colocar su relevancia en el campo político para poder seguir escribiendo literatura⁷. A fines de la década, el compromiso intelectual comienza a ser considerado insuficiente y comienza a difundirse el modelo del intelectual revolucionario, en el cual arrastraba una fuerte carga antiintelectualista. Según Gilman, el antiintelectualismo es una tendencia que suele aparecer entre los intelectuales en momentos convulsionados de la historia y que, al priorizar lo político por sobre lo cultural desde el interior del colectivo de intelectuales, constituye un intento de abjurar de sí mismos como tales. Es interesante al respecto el señalamiento de la autora de que la posición antiintelectualista no es precisamente producto de un discurso *sincero*, sino que es una respuesta del campo intelectual frente a la dirigencia partidaria en una coyuntura en la cual había un desequilibrio simbólico que favorecía a los segundos, y una colocación de los intelectuales menores pertenecientes a las regiones dominadas del campo cultural.

Finalmente, la reconstrucción de Gilman se detiene en diversas dimensiones del llamado “caso Padilla”, el cual consistió en una serie de re-posicionamientos de los intelectuales latinoamericanos en relación a la Revolución cubana a partir de la *autocrítica* realizada por el escritor cubano Heberto Padilla en 1971. En este caso, el análisis se orienta a evidenciar que los debates en torno a las políticas culturales del gobierno revolucionario se venían realizando de forma solapada y que, al tomar estado público, los intelectuales latinoamericanos se vieron *obligados* a asumir una posición. En relación a las diferentes formas de manifestación, se demuestra cómo las declaraciones colectivas encuentran su fuerza en el número de firmantes y cómo el impacto de las declaraciones individuales (las de Vargas Llosas, Fuentes, Octavio Paz,

⁷ El caso de Cortázar se presenta como paradigmático, en tanto se ve obligado a una adhesión política a la revolución cubana para justificar elecciones estéticas neovanguardistas como las de 62, *modelo para armar* (GILMAN, 2003, p. 150).

José Revueltas) radica en el mayor capital cultural que poseen los enunciadores. También se visibiliza el hecho de que existe un repertorio de lo decible, tanto a favor de la revolución como en su contra, y que aquellos que proceden a distanciarse de ese repertorio, deben, como en el caso de José Lezama Lima, inventar un discurso (bizarro, en su caso) que les permita realizar dicha operación.

La autora concluye que los debates al interior del colectivo de intelectuales latinoamericanos en torno al “caso Padilla” terminó aniquilando el capital colectivo de ese grupo, el cual es definido de acuerdo a Bourdieu (1992) como el capital simbólico acumulado a lo largo de la historia por generaciones en relación a una profesión. Asimismo, es utilizada la distinción de Bourdieu (1984) entre *intelectuales responsables* e *intelectuales libres* para caracterizar, respectivamente, a las fracciones antiintelectualista y crítica de los escritores latinoamericanos.

V

Los usos de las nociones bourdianas en los trabajos históricos sobre la relación entre intelectuales y política en las décadas de 1960 y 1970 se producen en gran medida en un marco previsible, en tanto la obra de Bourdieu es aplicada productivamente a las instancias y estrategias de legitimación, consagración y promoción intelectual. Este uso de la obra bourdiana guarda estrecha relación con la tradición francesa de historia intelectual, tanto en lo relativo a su productividad (desacralización de los espacios de poder, desnaturalización de los discursos de los sujetos) como a sus limitaciones (liquidación de los contenidos de los enfrentamientos culturales, ceguera de los productores). El trabajo pionero de Sigal inicia, sin embargo, un uso de la obra bourdiana, peculiar y condicionado en gran medida por el reposicionamiento de los intelectuales durante las décadas de 1980 y 1990, que es mantenido, aunque con algunos matices, en trabajos contemporáneos como los de De Diego y Gilman.

Este uso encuentra en las concepciones bourdianas en torno al campo y en su postulación de la diferenciación entre esfera cultural y esfera política, la posibilidad de delimitar dos momentos en las relaciones entre intelectuales y política en las décadas de 1960 y 1970: uno que corresponde a una situación de autonomía de la cultura frente a la política y otro en el cual la política adquiere una primacía que anula al campo cultural. De esta forma es conceptualizado un modelo de intelectual que participa en política preservando la autonomía de la dimensión cultural y uno que reduce todas las otras

dimensiones de su vida a la participación política. La implícita valoración del modelo sesentista frente al setentista latente en los trabajos analizados permite, de esta forma, advertir en este uso de la obra bourdiana una posibilidad de replantear el proceso de radicalización política en que se vieron envueltos los intelectuales argentinos en la décadas de 1960 y 1970 y, consecuentemente, una legitimación del lugar de los intelectuales desde la década de 1980 hasta el presente.

Referencias bibliográficas:

- ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz. *Literatura/sociedad*. Buenos Aires: Hachette, 1983.
- BARANGER, Denis. *La recepción de Bourdieu en Argentina. Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, n. 197, 2010, pp. 129-146.
- BAUMAN, Zygmunt. *Legislators and interpreters. On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*. Oxford: Polity Press, 1987.
- BOBBIO, Norberto. *Il dubbio e la scelta. Intelletuali e potere nella società contemporanea*. Roma: La Nuova Italia Scientifica, 1993.
- BOSCHETTI, Ana. *Sartre et "Les Temps Modernes"*. París: Minuit, 1985.
- BOURDIEU, Pierre. *Champ intellectuel et projet créateur. Temps Modernes*, n. 246, p. 865-906, 1966.
- _____. *Champ de pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe. Scolies*, París, n. 11971, pp. 7-26.
- _____. *Questions de sociologie*. París: Minuit, 1984.
- _____. *Les règles de l'art: gènese et structure du champ littéraire*. París: Seuil, 1992.
- BOURRICAUD, François. *Essai sur les intellectuels et les passions démocratiques*. París: Presses Universitaires de France, 1980.
- CHARLE, Christopher. *La naissance des intellectuels*. París: Minuit, 1990.
- COSER, Lewis A. *Men of Ideas*. Nueva York: The Free Press, 1966.
- DE DIEGO, José Luis. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Al Margen, 2003.
- DEBRAY, Régis. *Le pouvoir intellectuel en France*. París: Ramsay, 1979.
- DOSSE, François. *La marche des idées. Histoire des intellectuels, histoire intellectuel*. París: Editions La Découverte, 2003.

- GILMAN, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- GOULDNER, Alvin W. *The future of intellectuals and the rise of the new class*. Londres: MacMillan, 1979.
- GUTIÉRREZ, Alicia. *La tarea y el compromiso del investigador social. Notas sobre Pierre Bourdieu*. En: BOURDIEU, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 1999, pp. 7-19.
- KONRAD, George y SZELENYI, Ivan. *The Intellectuals on the Road to Class Power. A Sociological Study of the Role of the Intelligentsia in Socialism*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1979.
- MANNHEIM, Karl. *Essay on the Sociology of Culture*. Londres: Routledge, 1953.
- PINTO, Louis. Une science des intellectuels est-elle possible? *Revue de synthèse*, París, n. 4, 1986, pp. 345-360.
- SAPIRO, Gisèle. *La Guerre des écrivains, 1940-1953*. París: Fayard, 1999.
- SHILS, Edward. *The intellectuals and the powers, and other essays*. Chicago: University of Chicago Press, 1972.
- SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur, 1991.

Recebido em: agosto de 2012 e aprovado em: novembro de 2012.